

LECTURAS DEL DECAMERÓN, DE BOCCACCIO

Vas a leer la “**Farsa del cornudo apaleado**”, de **Alejandro Casona**, una de las cinco piezas que componen el *Retablo jovial* (1949). Está inspirada en un episodio del *Decamerón*, de **Boccaccio** (siglo XIV). Se trata de una adaptación teatral dirigida a los jóvenes y niños.

El motivo del **triángulo amoroso** es muy frecuente en la literatura clásica europea: él, ella y el tercero en discordia. En el *Quijote*, cap. XXXIII, primera parte, hay un episodio similar a este: “**El curioso impertinente**”, que también vas a leer (aunque no lo reproducimos completo para intrigarte y que busques el final).

Por último, vas a comparar las versiones que has leído, la de **Casona-Boccaccio** y **Cervantes**, con un cuento de **Juan Benet**, autor del siglo XX. A ver cuál te gusta más.

ALEJANDRO CASONA, *Retablo jovial*

“Farsa del cornudo apaleado según la historia LXXVII del *Decamerón*, de Boccaccio”

PERSONAJES -

EL PRÓLOGO

MICER EGANO - , rico mercader

BEATRIZ -, su esposa

ANICHINO - , su intendente

BRUNELA - , dueña

Dos Criados

(Sale entre cortinas el PRÓLOGO, criado de MÍCER BOCCACCIO, luciendo un amplio tabardo pícaro a cuadros multicolores, con heráldica de naipes y juglaría. Saluda a lo cortesano con profunda reverencia)

Nobles mujeres de Florencia; damas altísimas y humildes menestrales; aturdidas doncellas y matronas prudentes; solteras llenas de sueños y casadas ya despiertas; a vosotras y solo a vosotras, que sois la sal de la tierra y el jardín de la vida, ¡salud!

Si algún sesudo varón se ha deslizado al descuido en este ilustre senado, a tiempo está de retirarse, que mi amo y señor, Mícer Boccaccio, sólo de las mujeres fía, sólo a las mujeres canta y solo a ellas dedica lo que ha escrito y lo que espera escribir mientras le quede vida.

Y hecha esta aclaración y este saludo, diré la embajada que mi dueño y señor me ha encomendado.

Recordaréis, dulces amigas mías- son las palabras de mi señor Boccaccio-, recordaréis que hace años, cuando la peste asolaba a nuestra querida Florencia, os hice una sagrada promesa. Era el día un martes por la mañana, y era el lugar la iglesia de Santa María la Nueva. Todo a nuestro alrededor era desolación y llanto. En vez de arpas y laúdes, solo se oía el doblar de las campanas y la letanía de las rogativas y procesiones públicas. En vez de galantes carrozas, atestaban nuestras calles interminables

filas de angarillas con la sábana de los apestados o el crespón de los muertos. El esposo abandonaba cobardemente a la esposa; los padres huían de sus propios hijos, y los malhechores aprovechaban el sueño de las leyes para sembrar mayor espanto, saqueando las casas indefensas y despojando sacrílegamente a las víctimas.

¿Qué podía yo hacer por vosotras en tan funesta ocasión? Sólo una cosa: ofrecemos la risa el ingenio para combatir el mal; contaros las más divertidas historias que supiere o inventar las que no supiere, con tal de alejar de vosotras los negros pensamientos.

Tal fue la promesa que os hice aquel terrible martes en Santa María la Nueva, y que vengo cumpliendo sin descanso, hasta tal punto que la historia que os presento esta noche hace el número setenta y siete de las cien que pienso escribir si el aliento me alcanza y vuestra venia no me falta.

Pues bien, amigas mías: ¿podéis creer que tan gentil intento, lejos de valerme plácemes me ha valido las más acerbas críticas de esos enemigos del género humano que se llaman censores? ¡Y con qué aspavientos de gritos, silbidos y dentelladas! Poco les ha faltado para pregonar mi cabeza como corruptor de costumbres y enemigo de la República.

Confieso que todavía no he salido de mi asombro. Creía que la envidia es vendaval que solamente sopla contra cumbres altas; pero, al parecer también lo hace contra las más humildes colinas, puesto que ahora se ha desátalo contra mi pobre ingenio, lo cual en verdad no sé si lamentar o agradecer, pues siempre he oído decir que los escritores sin talento son los únicos que se libran de la crítica. Y ya que por vosotras se me condena, ante vosotras traigo mi defensa, como único tribunal legítimo.

De tres crímenes me acusan esos feroces mastines de la moral pública. Primero: de rebajar mi natural ingenio, desperdiciándolo en historietas galantes al servicio de una cosa tan ínfima y liviana como sois las mujeres. A esto contesto que, si la galantería es un pecado, yo me declaro, cien veces pecador. Si amarnos sobre todas las cosas es un delito, yo me confieso alegremente el más feliz de los delincuentes. ¿Qué culpa tengo yo si todo en vosotras lo encuentro hermoso? ¡Si hasta vuestros pecados, solo por ser vuestros, no me parecen más que un travieso adorno de vuestras virtudes! Discretos eran los antiguos, y al representar en las Musas toda la belleza y la sabiduría del mundo, a todas nueve dieron forma de mujer. Y a fin de cuentas, si las mujeres son tan faltas de seso y peso como dicen mis censores, déjenme a mí tan deliciosa carga, y allá ellos con todo el peso de los hombres.

Es el segundo crimen -según los dichos censores- que no sienta bien a la dignidad de mis canas entretenerme en bagatelas amorosas, más propias de aturdidos mozalbetes y ociosos libertinos que de hombres sabios y maduros. A esto respondo que para el amor hay edades buenas y menos buenas, pero ninguna mala. Básteles el ejemplo de ilustres varones que honraron nuestra ciudad, como Guido Cavalcanti y el divino Dante Alighieri, los cuales vivieron vida más larga que la mía sin avergonzarse de emplearla entera en esta gaya ciencia del amor. En cuanto a la muchedumbre de mis años, quizá sea su única generosidad la de añadirme algunos, que en esto no son tacaños. Pero no se dejen engañar por el color de mis cabellos, porque acaso yo sea como el puerro, que por blanca que tenga la cabeza siempre conserva verde la cola. Piensen que es torpeza insigne juzgar por la cabeza lo que se escribe con el corazón. Y en cuanto a este, lo único que siento es tener uno solo, que si cien tuviera cien os ofrecería, dulces señoras mías.

Acúsanme finalmente de libertades de lenguaje, reprochándome el servir demasiado crudo lo que otros suelen servir bien adobado; de mostrar al desnudo las costumbres de mi tiempo en vez de cubrirlas con un piadoso velo, y de obedecer a ciegas las leyes de la naturaleza en lugar de adoptar los disfraces de la buena educación. Manía es esta de hipócritas timoratos, que tienen más miedo a las palabras que a las cosas. Ninguna palabra es mala por sí misma, y más a menudo está la malicia en los oídos del que escucha que en los labios del que cuenta.

Respecto a las costumbres, yo no las inventé; no hago más que reflejarlas como un espejo fiel. Si ellas son licenciosas, ocúpense mis censores de reformarlas en lugar de tirar piedras al espejo.

Y en cuanto a la supremacía de la naturaleza o de la educación, nada pienso contestar por mi cuenta. Me bastará recordar una vieja historia florentina titulada *Las ocas del hermano Filippo*. Y esta, señoras mías, os la doy de barato, sin ponerla en la cuenta de las cien prometida. Dice así el cuento:

«Érase en otro tiempo, en nuestra buena Florencia, un ciudadano llamado Filippo Balducci, el cual se quedó viudo al nacer su único hijo. Desengañado de eso que llaman «vanidades del mundo», resolvió retirarse a una cueva en el monte Asinaio y educar allí a su hijo, lejos de apetito carnal, criándolo en una santa ignorancia tierra como camino más corto para alcanzar el cielo. Creció, pues, el joven Filippo en la

oscuridad de su caverna sin conocer placer ni tentación y, por supuesto sin haber visto jamás una mujer ni haber oído siquiera esa palabra.

Cuando el inocente salvaje cumplió dieciocho años quiso el buen padre probar los frutos de tan bizarra educación y trájolo consigo a Florencia a pedir limosna para su ermita. Miraba pasmado el mozo la belleza del mundo se le presentaba por primera vez, y todas sus preguntas dormidas se despertaban de pronto:

- ¿Qué fiera es tan gallarda, padre?
- Es un caballo, hijo mío.
- ¿Qué es aquel camino que se arrastra, padre? «
- Es un río, hijo mío.
- ¿Y aquello que relumbra, padre?
- Un palacio, hijo mío.

Llegaban así a las puertas de la ciudad, cuando vieron un tropel de hermosas mujeres que venían de una boda cantando riendo alegremente. No hizo más que verlas el joven Filipo y se quedó pálido de repente.

- ¿Qué es eso que se nos viene encima, padre?
- Aparta, hijo; son unos animales peligrosos.
- ¿Cómo se llaman esos lindos animales, padre?
- No recuerdo bien; creo que se llaman... ocas. Pero camina y no vuelvas la cabeza, hijo. ¡Mira cómo se encabrita aquel caballo! ¡Mira cómo relumbra aquel palacio!
- ¡Al demonio palacios y caballos! ¡Yo quiero una oca, padre! ¡Yo quiero una oca!

Los que piensen que la educación es más fuerte que la naturaleza, que le pregunten al hermano Filipo.

Y basta de preámbulos, que va ya siendo demasiado larga la disculpa para una culpa tan corta.

Esta noche voy a presentaros mi último cuento, el cual, para no escandalizar a mis censores con palabras malsonantes, he titulado simplemente: *Cornudo, apaleado y contento*.

Si los imprudentes varones que han penetrado en este recinto lo han pensado mejor, aún están a tiempo de retirarse. Mis palabras, repito, van dedicadas solamente a nosotras, benditas mujeres, gloria de Florencia y alegría del mundo. A vosotras, ¡ocas despertadores de este eterno Filipo que es el corazón del hombre!

(Retírase el PRÓLOGO.)

ESCENA PRIMERA

Cámara en casa de Mícer EGANO. Al fondo, balcón ojival con yedras azules. A un lado, el lecho con baldaquino; al otro, la puerta. Un arcón y mesa volante con tablero de ajedrez. De noche.

(BRUNELA, arrodillada, termina de calzar botas y espuelas a MÍCER EGANO. BEATRIZ descuelga capa y espada.)

EGANO - Ciñe firme, BRUNELA. Son catorce leguas y he de galopar todo el camino.

BEATRIZ - ¿Puede saberse, marido, a qué se debe este atropellado viaje?

EGANO - Simples negocios, mujer; ya te dije.

BEATRIZ - ¿Así tan de repente, en plena noche y con tanto misterio?

EGANO - En ciertos negocios, tan importante como la diligencia es el secreto. ¿Por qué preguntas con tanta insistencia?

BEATRIZ - Porque es muy sospechoso todo esto. Esta mañana nada sabías de ese dichoso viaje; por la tarde, aún hablabas de una posible cacería. Y de repente: «¡Botas y espuelas; que ensillen mi mejor caballo; tengo que estar en la Hostería del Gallo al amanecer!» (*Celosa.*) ¿No me ocultas nada, marido?

EGANO - ¿Te he ocultado algo alguna vez?

BEATRIZ - ¿Y por qué no había de ser esta la primera vez? ¿Quién me asegura que ese negocio tan secreto no tiene los ojos negros y que en la Hostería del Gallo no hay tapada alguna gallina?

EGANO - (*La acaricia satisfecho.*) ¿Celosa? Gracias, querida; dicen que los celos son prenda de buen amor.

BEATRIZ - En tal caso, mal puedo pensar de ti, que nunca los has sentido.

EGANO - Sería injuriar a la mujer que toda Bolonia pregonaba como la más virtuosa y fiel de las esposas. Pero ya que has sospechado de mí, voy a satisfacer tu curiosidad.

(*Llaman a la puerta. Voz de ANICHINO.*)

VOZ - ¡Señor!

EGANO - Adelante.

(*Entra ANICHINO. Dos criados que le preceden con faroles o candelabros, quedan en el umbral.*)

ANICHINO - - El caballo está ensillado. No tenéis tiempo que perder.

EGANO - Aguarda un momento. (*A BEATRIZ.*) ¿Te merece fe la palabra de nuestro intendente?

BEATRIZ - Completa. Nunca he oído una mentira de sus labios.

EGANO - Pues bien, mi fiel Anichino, dile a tu señora cuál es el motivo de este repentino viaje.

ANICHINO - Míser Egano debe llegar a la Hostería del Gallo antes que se pongan en camino unos mercaderes que duermen allí esta noche, conduciendo una partida de especias y tapices de oriente. Es importante que mi señor compre esa partida mañana al amanecer.

BEATRIZ - ¿No podía hacerlo más reposadamente cuando esos mercaderes lleguen a Bolonia?

ANICHINO - Sería demasiado tarde. Hemos tenido noticias fidedignas de que la flota veneciana que venía con cargamento de Catay ha sido apresada por los turcos. Cuando esto se sepa en el mercado, el valor de esas subirá como la espuma, y mi señor puede vender por la noche en veinte mil escudos lo que haya comprado en diez mil por la mañana.

BEATRIZ - Entonces, ¿es lo que se llama un robo?

ANICHINO - Es lo que se llama un negocio. Y bien mirado, hasta un acto de patriotismo, ya que será la ocasión de demostrar una vez más que la espiritual y doctísima Bolonia no tiene nada que envidiar a la mercantil y serenísima Venecia.

EGANO - ¡Bravo, Anichino! ¡Eres tan prodigiosamente inteligente, que siempre dices lo que yo estoy, pensando!

ANICHINO - Gracias, señor. Abajo espero; será un honor para mí tener el estribo, como criado, al hombre al que debo cuanto soy. (*Saluda respetuosamente a BEATRIZ y sale.*)

EGANO - ¿Estás ya satisfecha?

BEATRIZ - Mi curiosidad, sí, pero no mi gusto. Si te parece que la soledad es bastante compañía...

EGANO - ¿Qué quieres decir?

BEATRIZ - No sé... ¡son tan tibios estos primeros días de primavera! ¡Huele tan hondo el aire al rozar las yedras ¡azules del balcón!

EGANO - Déjate de niñerías. Diez mil ducados bien valen una noche.

BEATRIZ - Tal vez. Las esposas y los maridos no solemos tener la misma idea del valor de una noche. (*Le tiende la capa.*) Feliz viaje, querido.

EGANO - Adiós, Beatriz. Y no tengas miedo en mi ausencia; Anichino velará por ti y por mi casa como si fuera yo mismo. Vamos, muchachos.

BRUNELA - Que San Cristobalón, patrón de caminantes, le acompañe (*Sale EGANO - seguido por los criados. BEATRIZ se despereza discretamente y aligera sus ropas*) ¿Vais a acostaros ya? ¿Quieres que os caliente las sábanas con un brasero?

BEATRIZ - ¿Para qué? Hace una noche deliciosa

BRUNELA - No importa. Una cama sin marido es siempre una cama fría.

BEATRIZ - Muy segura lo dices.

BRUNELA - Soy tres veces viuda

BEATRIZ - No es el frío lo que puede desvelarme. El miedo, sí.

BRUNELA - Cerraré el balcón. Mi madre decía que los enamorados y el miedo siempre entran por los balcones

BEATRIZ - ¿Era miedosa, tu madre?

BRUNELA - Tenía experiencia. (*Cierra.*) ¿Os ayudo a desnudaros?

BEATRIZ - Todavía es temprano. (*BRUNELA bosteza*) ¿Tanto sueño tienes?

BRUNELA - No sé lo que me pasa esta noche; un sopor como en invierno cuando se bebe el vino caliente.

BEATRIZ - Ojalá pudiera yo decir lo mismo. Pero siento que no voy a poder dormir; desde que me casé es la primera noche que me encuentro sola.

BRUNELA - ¿Queréis algún libro edificante para divertir los pensamientos? Tengo en mi cuarto una vida de Santa María Magdalena

BEATRIZ - Historias de santos, no; suelen traer muy malos ejemplos. Mejor irá con mi ánimo un poco de música. (*Toma el laúd. Canta una melodía lánguida. ANICHINO desde la puerta, escucha el final.*) ¡Oh!, ¿estabais escuchando?

ANICHINO - Hasta donde es posible escuchar cuando se os mira.

BEATRIZ - Gracias. ¿Es todo lo que tenáis que decirme?

ANICHINO - Mi señor ha partido y la servidumbre se ha retirado a descansar. ¿Tenéis alguna orden para mí?

BEATRIZ - Nada. ¿Habéis cerrado bien todas las puertas?

ANICHINO - Con doble llave. Si algo os da miedo durante la noche, llamadme sin reparo, que yo no dormiré velando vuestro sueño.

BEATRIZ - Siempre gentil

ANICHINO - Soy vuestro criado.

BEATRIZ - Ya no; más que como intendente os precio como consejero. Si algo queréis hacer por mí amigablemente, acompañadme al ajedrez. El tablero está esperando.

ANICHINO - No podíais ofrecermelo algo más de mi gusto

BEATRIZ - Pero ha de ser con una condición: que me trates como a un rival digno de vos.

ANICHINO - Comprendo.

BEATRIZ - ¿Creéis que no lo he notado? Cuando jugáis con un caballero, no perdéis nunca; cuando jugáis conmigo siempre me dejáis ganar. Y no quisiera tener por gentileza lo que se ha de conquistar en buena ley.

ANICHINO - Aceptado el desafío. ¿En guardia?

BEATRIZ - En guardia (*Mueven*) vuestro peón de dama es la primera víctima.

ANICHINO - No podía morir de mejor muerte.

BEATRIZ - (*Viendo que la mira fijamente y suspira*) Pero, ¿adónde miráis, ANICHINO? ¿Acaso está en mis ojos el tablero?

ANICHINO - Perdón (*Mueve*)

BEATRIZ - Si no ponéis más atención, no os auguro nada bueno. Nuevo peón perdido.

BRUNELA - (*Bosteza*) ¿Tiene muchos peones en este juego?

BEATRIZ - Para tu sueño, demasiados. Puedes retirarte, Brunela.

BRUNELA - Gracias, señora. Buenas noches, señor intendente. (*Sale pesadamente y cierra la puerta*)

BEATRIZ - Vuestro caballo del rey está en peligro.

ANICHINO - Retrocedo.

BEATRIZ - Pero ¿dónde estáis esta noche? Las blancas son las mías.

ANICHINO - Entonces no hay salvación. (*La mira y suspira nuevamente.*)

BEATRIZ - ¿Otro suspiro? ¿Tanto os duele perder un caballo?

ANICHINO - Penas más hondas son las que me tienen sin sosiego. Pienso en un pobre amigo mío que esta misma noche y a esta misma hora, ante una mesa como esta se está jugando su corazón y su vida.

BEATRIZ - Extraña relación. ¿Es un acertijo?

ANICHINO - Es una historia de amor.

BEATRIZ - Magnífico; me encantan las historias. ¿Queréis contármela?

ANICHINO - Es una historia triste.

BEATRIZ - Mejor; me encantan las historias tristes; sobre todo si terminan bien.

ANICHINO - Esta no ha terminado todavía.

BEATRIZ - Entonces hay esperanzas. Jaque a la dama y ya escucho.

ANICHINO - (*Suspira largamente.*) La cosa comenzó en Francia hace tres años, junto al fuego de una chimenea. Mi amigo, descendiente de una noble familia florentina, vivía alegremente en París su vida de estudiante, sin sospechar siquiera qué sabor tiene una lágrima de amor. Hasta que una noche, cenando con unos caballeros que volvían de Jerusalén, oyó hablar por primera vez de prodigiosa desconocida que había de trastornar su entera. Jaque al rey.

BEATRIZ - (*Aparta el tablero.*) ¿Qué importa el rey ahora? Prefiero París y las desconocidas prodigiosas y los caballeros de Jerusalén. Seguid.

ANICHINO - Contaban aquellos peregrinos las maravillas que habían visto sus largos viajes. Hablaban unos de la rubia Inglaterra, otros de la luminosa España, otros de la alegre Italia. Por fin todos quedaron de acuerdo en una cosa: la mejor tierra del mundo era Italia, lo mejor de Italia era Bolonia y lo mejor de Bolonia, una mujer de tal belleza y donaire que merecía por sí sola la más larga y penosa de las peregrinaciones.

BEATRIZ - ¿Tanto?

ANICHINO - Eso afirmaban a una voz los viajeros. Y sus palabras impresionaron de tal modo el corazón de mi amigo que desde aquel momento ya no supo vivir para otra cosa. Despierto, pensaba en ella; dormido, la soñaba. Finalmente, abandonó su casa, tomó un caballo y emprendió el camino de Italia, en busca de la dama de sus sueños. Desde París a Bolonia hay catorce jornadas yendo al trote.

BEATRIZ - Por favor, hacedlas al galope, que ya estoy en ascuas por saber el final.

ANICHINO - El final fue que llegó a Bolonia, que la buscó inútilmente días y días, asistiendo a todas las fiestas, visitando todas las iglesias, devorando con los ojos todas las ventanas. Hasta que una tarde la encontró por fin asomada a su balcón de yedras azules.

BEATRIZ - Lado sea el cielo! ¿Y era realmente tan hermosa como su fama?

ANICHINO - Más. Si alguna vez el agua del mar se ha hecho ojos y la lluvia con el sol se ha hecho cabellos, fue el día que nació esa mujer. (*Suspira.*) Desdichadamente, estaba casada con un rico

mercader.

BEATRIZ - ¡Esos maridos siempre inoportunos!

ANICHINO - No creáis por eso que el ardiente galán renunció a su empresa. Al contrario, cuanto más vigilada la fruta, más fuerte era la tentación. Pero ¿sabría la dama comprender tan loco amor? ¿No le esperaría el desdén y la ingratitud al final de su dura jornada?

BEATRIZ - ¿Cómo pudo abrigar vuestro amigo tan tacaña sospecha? Duden los extranjeros de la generosidad de nuestros hombres, pero una buena boloñesa nunca deja morir de sed a un viajero si el agua está en sus manos.

ANICHINO - Esa era la esperanza de mi amigo. Y comprendiendo que el mejor camino para llegar al corazón de una casada es conquistar primero el corazón de su marido, se despojó de sus ropas de gentil hombre, se disfrazó de lacayo y se ofreció a su servicio como criado.

BEATRIZ - ¿Un gentilhomme limpiando los establos? ¡Hermosa lección de amor!

ANICHINO - Era la única manera de penetrar en la casa y contemplar de cerca, día y noche, a la dama imposible. ¿Qué importaba la humillación de los establos si el premio era su sonrisa? ¿Qué mayor gozo que atalajar su caballo si al tenerle el estribo podía acariciar su chapín y sentir junto al rostro el revuelo de su falda? Tres años la sirvió así, adorándola en silencio y subiendo uno por uno los escalones de la servidumbre, hasta ganar su confianza y ser nombrado su intendente.

BEATRIZ - ¿Intendente habéis dicho? ¿Y un esposa mercader?... ¿y un balcón de yedras azules?... (*Se levanta repentinamente, derribando las piezas.*) ¡Santo cielo! ¿Qué emboscada es esta, señor Anichino?

ANICHINO - La historia de un enamorado sin juicio que os pide perdón de su locura.

BEATRIZ - ¿Es decir, que vuestro famoso amigo sois mismo? ¿Y la prodigiosa desconocida?

ANICHINO - (*De rodillas.*) ¡Mi señora Beatriz de Galuzzi, gloria de Bolonia y corazón del mundo!

BEATRIZ - ¿Y tenéis la insolencia de confesármelo en mi propia cámara? Si en tan poco tenéis mi honra, ¿no os da miedo la ira de mi esposo cuando lo sepa, que será inmediatamente?

ANICHINO - Por pronto que sea, no será antes mañana. Y una noche vuestra bien vale una vida.

BEATRIZ - ¿No pensáis que puedo llamar a mis criados y mandaros azotar?

ANICHINO - Vuestros criados están todos profundamente dormidos.

BEATRIZ - (*Tranquilizada*) Menos mal. ¿Estáis seguro?

ANICHINO - Yo mismo me anticipé a ayudarlos poniendo ciertos polvos en su vino.

BEATRIZ - ¿Bebedizos también? ¡Admirable previsión! ¿Y este era el amigo en quien mi esposo había toda su fe? ¿El hombre de cuyos labios no había salido jamás una mentira? (*Alza los brazos desesperada*) ¡Ah, pobres mujeres desprevenidas! Hasta juraría que ese endiablado viaje ha sido otra fábula vuestra para tener libre el campo.

ANICHINO - ¿Qué otro recurso me quedaba, si no se aparta nunca de vuestro lado?

BEATRIZ - ¿De modo que también son mentira los diez escudos y los mercaderes de especias...?

ANICHINO - Y los bajeles turcos, y si fuera preciso ¡hasta la Serenísima República de Venecia! La única verdad es esta desatinada pasión dispuesta a todo. Os he ofrecido mi vida. Si con ello os ofendo, dadme vos la muerte, que solo por venir de esas manos será bien recibida.

BEATRIZ - (*Solloza en un diván.*) ¡Pobre de mí, desamparada y sola! ¿Qué puede hacer una débil mujer contra semejante libertino?

ANICHINO - Eso no. Soy caballero, y no temáis que tome por la fuerza lo que solo de vuestra voluntad espero.

BEATRIZ - Más que de vuestra fuerza tengo miedo de mi generosidad y mi ternura, que las dos se juntan contra mí para perderme. ¿No comprendéis, enemigo de mi sosiego, que también yo me sentí turbada a vuestro lado desde el primer día? ¿Que también yo temblaba al sentir vuestra mano en mi chapín y vuestra mejilla en el revuelo de mi falda?

ANICHINO - ¿He oído bien? ¿No es un sueño de mis oídos?

BEATRIZ - En vano pretendían ocultar tus labios lo que tus ojos denunciaban a gritos. Desde el primer día te adiviné noble y amante bajo tu disfraz. Presentía que tarde o temprano habíamos de llegar a esto. Lo esperaba temiéndolo... Y ahora ya está aquí. ¡Ay desdichada de mí! ¡Ay momento fatal!

ANICHINO - (*Acudiendo a consolarla.*) ¡El más hermoso de tu vida y la mía! ¿Por qué lloras, mi bien?

BEATRIZ - Es mi deber. Lloro por mi honra ya perdida. Y lloro sobre todo por mi pobre esposo, que todavía esta tarde era un caballero sin tacha, y mañana será un cornudo convicto y confeso sin que yo pueda hacer nada para remediarlo.

ANICHINO - ¡Benditos los labios que han pronunciado tan discretas palabras! Mi dulce sueño.

BEATRIZ - ¿Amor mío! (*Se besan largamente. Suena un aldabonazo abajo. Sobresalto.*)

ANICHINO - ¿A estas horas?

BEATRIZ - ¡Cielos! ¡Estamos perdidos!

ANICHINO - No temas. Será algún caminante extraviado.

BEATRIZ - Jamás. Yo he leído que cuando dos amantes se besan y suena un aldabonazo, siempre es el marido (*Corre al balcón.*) ¿No lo dije? ¡Él es! Ya está abriendo la puerta con su llave maestra. (*Deteniendo a ANICHINO, que corre a la puerta.*) Por la escalera, ¡no! ¿Qué pensará si te encuentra saliendo a esta hora de mis habitaciones?

ANICHINO - Por el balcón.

BEATRIZ - Tampoco; hay luna y pueden verte. ¿Quieres colgar mi honra al viento como una sábana de escándalo? (*Abre el arcón.*) Aquí.

VOZ DE EGANO - (*Acercándose.*) ¡Beatriz! ... ¡Beatriz!...

BEATRIZ -

¡Pronto, ya sube! ¡Silencio! (*Se besan rápidamente y ANICHINO se esconde en el arcón. Entra EGANO molido y quejumbroso. BEATRIZ corre a su encuentro con solícito aspaviento.*)

¡Dulce esposo mío! ¿Vienes herido? ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

EGANO - Nada grave, querida. Calma, calma. (*Se descíñe la espada y se sienta dolorido.*)

BEATRIZ -

Pero esa palidez... esas ropas destrozadas, ¿Te han asaltado ladrones?

EGANO - Peor. Imagínate que algún desalmado ha prendido fuego al bosque; una ráfaga de chispas me cegó el caballo y lo hizo desbocarse, derribándome por tierra y arrastrándome un buen trecho colgado del estribo. ¡Ay mis costillas molidas!

BEATRIZ - ¿No te habrás roto nada importante?

EGANO - Según a lo que tú llames importante. ¿Te parecen poco mis costillas?

BEATRIZ - Si no es más que eso, yo te daré unas friegas de ruda, que son mano de santo para verdugones.

EGANO - ¿Y mi caballo ciego? ¿Y el negocio perdido? ¡Ay mi pobre espinazo! ¡Maldita noche y maldito viaje!

BEATRIZ - No maldigas, marido. Pensándolo bien deberías dar gracias a Dios, que te ha devuelto a tu en el momento justo. (*Iluminada.*) Ahora lo veo claro: el incendio del bosque..., el caballo desbocado... ¡Qué extraños caminos elige la Providencia para salvarnos! ¡Gracias, señor, gracias!

EGANO - Eso faltaba. ¿Es una bendición del cielo que haya perdido diez mil escudos y me haya roto el bautismo?

BEATRIZ - ¡Un verdadero milagro! ¿No comprendes, incrédulo, que esa ráfaga de fuego era la mano de Dios avisándote que hacías falta aquí para defender tu honra?

(*ANICHINO levanta la tapa del arcón y escucha pasmado.*)

EGANO - ¿Qué tiene que ver mi honra en todo esto?

BEATRIZ - Más de lo que imaginas, y ahora vas a verlo. Respóndeme serenamente: ¿cuál de tus criados te parece honrado y fiel?

EGANO - Linda pregunta. De sobra sabes que mi favorito es el mismo que el tuyo: ANICHINO - .

BEATRIZ - ¿Estás seguro de que merece esa confianza que hemos puesto en él?

EGANO - Me dejaría cortar la mano. Anichino no es solo mi intendente; es mi mejor amigo, mi hermano. Si algún día no pudiera yo regir mi casa, a ningún otro elegiría para ocupar mi puesto.

BEATRIZ - Pero ¿qué puesto, desdichado? ¡Hay puestos en que un marido no puede nombrar sucesor!

EGANO - Sin adivinanzas, Beatriz. ¿Qué pretendes insinuar?

BEATRIZ - Eso mismo que estás sospechando. Que tu intendente, tu amigo y hermano, es un miserable impostor: el más redomado pícaro del mundo, y el peor enemigo de la tranquilidad de tu frente (*ANICHINO se santigua lívido y se oculta*)

EGANO - ¡Mientes!

BEATRIZ - ¡Tengo pruebas! esta noche, y aquí mismo, aprovechando tu ausencia, ha tenido la audacia de proponerme tales cosas que no hay labios de mujer capaces de repetir las.

EGANO - Imposible. ¿No habrá exagerado tu honestidad unas simples lisonjas de galantería?

BEATRIZ - ¿Galanterías dices? ¡Declaraciones ardientes! ¡Arrebatos impúdicos!, ¡Proposiciones tan licenciosas que harían enrojecer a un cardenal florentino (*Solloza.*)

EGANO - (*Furioso.*) ¡Basta! Vive Dios que si eso es cierto no verá la luz del sol.

BEATRIZ - (*Fingiendo dirigirse a EGANO, pero tranquilizando con el gesto a ANICHINO, que vuelve a asomar suplicante.*) ¡Calma, querido mío, mi único amor! Comprendo que es terrible tener que decir esto, pero te juro que lo hago por tu bien y para tranquilidad de los dos.

EGANO - ¡Pronto mi espada! (*La desnuda*) ¿Dónde está ese infame?

(*ANICHINO cierra de golpe*)

BEATRIZ - No es la espada el arma que necesitas ahora sino la astucia. Ponte este vestido mío.

EGANO - ¿Yo? ¿Te parece esta ocasión para disfraces?

BEATRIZ - En seguida lo comprenderás. Escucha. ANICHINO estaba tan fuera de sí que temí cualquier locura si le rechazaba. Entonces fingí ceder a sus deseos prometiéndole bajar luego a encontrarme con él en el jardín. Ya comprenderás que era solo un ardid para alejarle. Pues bien, ahí tienes la ocasión: acude tú a la cita vestido con mis ropas; así podrás escuchar la infamia de sus propios labios y no te quedará la duda de haber matado a un inocente.

EGANO - Excelente idea. ¡Oh inventiva sutil de las mujeres! Venga ese vestido. (*Se lo pone, urgente y torpe ayudado por ella.*) ¿Dónde es la cita?

BEATRIZ - En mi jardín privado; por el postigo del seto. Toma la llave.

EGANO - ¿A qué hora?

BEATRIZ - A medianoche, al sonar las doce en Santo Domingo. ¡No hay tiempo que perder!

EGANO - ¿Habéis convenido alguna señal?

BEATRIZ - Él imitará tres veces el cuco; tú agitarás tres veces este pañuelo, y contestarás con el silbido del sapo.

EGANO - Podíais haberlo hecho menos complicado.

BEATRIZ - No tendría ese sabor furtivo.

EGANO - (*Termina de vestirse.*) ¿Estoy bien así? ¿No se notará el engaño?

BEATRIZ - Cuida sobre todo los pies y las manos; es lo más bruto que tenéis los hombres. Camina menudito, así. Agita el pañuelo con donaire así. Y no hables, una palabra: silba. La sombra del jardín te ayudará. (*Retrocede contemplándole.*) Dios mío ¿y esa cabeza?

EGANO - ¿Qué tengo?

BEATRIZ - Nada todavía. Pero esos cabellos tan cortos...

EGANO - Me cubriré con una toca. ¿No hay una en este arcón? (*Va resueltamente a abrirlo. Ella lanza*

un grito de espanto. EGANO - se vuelve petrificado. ANICHINO - aprovecha el momento para sacar rápidamente la toca, volviendo a ocultarse.) ¿Qué ha sido ese grito?

BEATRIZ - Nada, querido; es el espanto de lo que va a ocurrir por mi culpa. Aquí está la toca.

EGANO - *(Solemne.)* Ahora reza y espera. Tú has sabido cumplir como una buena esposa. ¡Yo sabré cumplir como marido! *(Sale gallardamente poniéndose la toca. BEATRIZ cierra la puerta con llave. ANICHINO salta del arcón aterrado.)*

ANICHINO - ¿Qué has hecho, insensata? ¡Todo lo has echado a rodar con tu imprudencia!

BEATRIZ - Al contrario. ¿No lo has comprendido aún? Precisamente ahora que vamos a engañarle es cuando necesitamos que tenga más fe en nosotros.

ANICHINO - ¿Y para eso empiezas denunciándome? ¡Que el diablo me lleve si lo entiendo!

BEATRIZ - No me extraña; el amor tiene esta rara virtud de cegar a los hombres y abrir los ojos a las mujeres. *(Toma un apagavelas y comienza tranquilamente a matar luces.)*

ANICHINO - Tengo que huir inmediatamente.

BEATRIZ - Imposible; la puerta está cerrada con llave.

ANICHINO - ¿Y si vuelve y nos sorprende juntos?

BEATRIZ - No se moverá de su puesto hasta las doce. Si no he calculado mal, falta media hora larga.

ANICHINO - Pero ¿adónde piensas llegar con tu farsa? ¿Qué va a pasar esta noche en el jardín?

BEATRIZ - Lo que haya de ocurrir allí ya lo sabrás después. Entretanto, por favor, sopla ese candelabro

ANICHINO - ¿Para qué?

BEATRIZ - El pudor, querido, ¡el pudor!

(ANICHINO la abraza y sopla fuerte. Se apagan todas las luces. Música)

TELÓN

ESCENA II

Jardín con seto de arrayán en que se abre un disimulado cancel. A un lado, pabellón de acceso a la casa.

(En la penumbra lunada pasea inquieto EGANO, vestido de mujer. Se oye en el pabellón la voz de BEATRIZ llamando como un susurro)

VOZ DE BEATRIZ - Amor mío, ¿estás ahí, amor mío? *(EGANO se cubre rápido el rostro con su chal adopta una actitud femenina y contesta con el pañuelo. Sale BEATRIZ)*

BEATRIZ - ¡Oh perdona! Los mil rumores de la noche y esta extraña aventura me tienen trastornado el sentido.

EGANO - Y la mía propia. Hace un momento se me escapó un suspiro y me volví espantado creyendo que suspiraba otro. Veo pupilas que me acechan, y sólo son luciérnagas. Oigo susurros que me llaman, y

es el vuelo de los murciélagos. ¿Falta mucho todavía?

BEATRIZ - Están al caer las doce.

EGANO - ¡Cómo alarga el tiempo la impaciencia! Parece que llevo un siglo esperando

BEATRIZ - En cambio, a mí me ha parecido apenas minuto.

EGANO - ¡Allá! (*Escucha. Voz baja,*) ¿Oyes algo arrastrándose?

BEATRIZ - Es el rumor del río.

EGANO - ¿Y esos dedos arañando el postigo?

BEATRIZ - Es la chicharra en el árbol

(*EGANO respira aliviado. De pronto vuelve a escuchar.*)

EGANO - ¿Y ahora? ¿No oyes una cosa..., una cosa así...que no se oye?

BEATRIZ - Sí.

EGANO - ¿Qué es?

EGANO - Nunca lo imaginé tan inquietante. ¿Sabes lo que estoy pensando?

BEATRIZ - Sé lo que estás deseando: que no venga,

EGANO - Ciertamente. ¿No se habrá avergonzado de su propia infamia y se habrá arrepentido?

BEATRIZ - No lo esperes. En cuestiones de amor muchos se arrepienten después; pero antes, ninguno. (*Comienza a oírse las doce en una torre lejana.*) La medianoche en Santo Domingo. ¡Ha llegado el momento

EGANO - Ocúltate. Desde ahí puedes escucharlo todo sin ser vista.

BEATRIZ - Valor, esposo mío.

EGANO - ¡Un momento! ¿Cómo canta el cuco?

BEATRIZ - Como un primer día de primavera.

EGANO - ¡Gentil información! Y el sapo, ¿cómo silba?

BEATRIZ - Como el "la" de una flauta. Así.

(*Silbido. BEATRIZ se retira del pabellón. EGANO se cubre nuevamente el rostro y vuelve al centro de la escena. Ligera pausa tras la última campanada. Se oye tres veces el canto del cuco. EGANO agita su pañuelo y contesta con tres roncós silbidos.*)

VOZ DE ANICHINO - Beatriz... Beatriz... (*Un silbido contestando.*) ¿Eres tú, mi dulce alondra? (*Dos silbidos.*) Traes en tu seno la llave de plata que ha de abrir este desde muro? (*EGANO la muestra en alto y silba afirmado.*) Abre, querida; mis ojos y mis labios tienen hambre de ti.

(EGANO abre se retira pudoroso escondiendo el rostro. Entra ANICHINO)

ANICHINO - ¡Por fin! había llegado a temer que tu promesa no fuera más que un sueño de mi propia fiebre. Pero no, aquí estás iluminando mi noche. Ya presiento bajo el pudor de ese chal la súplica temblorosa de tus ojos. ¿Por qué ese recelo de corza sorprendida? ¿No estás dispuesta a todo? (*Silbido afirmativo*) Júrame que nada te detendrá; ni el miedo al peligro, ni la paz de tu casa, ni la fe que debes a tu esposo. ¿Me los juras? (*Silbido. ANICHINO cambia repentinamente el tono y enarbola un garrote que trae escondido*) ¡Ah miserable! ¿Luego eran ciertas mis sospechas? ¡Infame Adúltera! ¡Despreciable Mesalina (*Golpea a EGANO, que trata de huir.*) ¿No has comprendido, insensata, que mi falsa declaración era solo un ardid, para poner a prueba tu virtud? ¿Me creías capaz de traicionar, como lo haces tú, al hombre al que debo honra y fortuna? ¡Toma, pérfida mujerzuela! ¡Pecadora impía!

(EGANO sofocando gritos, trata de huir y cae enredado en sus faldas.)

EGANO - ¡Piedad! ¡Misericordia!

ANICHINO - No temas, cobarde, que te denuncie a tu esposo. No lo haré por ahorrarle esta vergüenza, pero no ha de quedar sin castigo tu traición. (*Redobla los garrotazos.*) ¡Libidinosa perjura! ¡Inverecunda vulpeja!

EGANO - ¡Socorro! ¡Beatriz! ¡Beatriz!

BEATRIZ - (*Se adelanta alzando los brazos.*) ¡Basta, Anichino, por amor de Dios!

ANICHINO - (*Fingiendo pasmo.*) ¿Qué ven mis ojos?; ¿Otra Beatriz? Pero entonces, ¿quién es esta desdichada?

EGANO - ¿Tan ciego estás que no reconoces a tu señor?

ANICHINO - ¡Cielos! ¡Mícer Egano! ¿Estoy soñando o es arte de brujería?

EGANO - (*Se levanta quejumbroso arrancándose toca y chal.*) Tal me has dejado, hijo mío, que ni yo mismo me reconocería. ¡Ay noche aciaga! ¡Atropellado por mi mejor, caballo y apaleado por mi mejor amigo!

ANICHINO -

¿Y yo he ultrajado al hombre por el que daría mi alma y mi vida? (*Tira el garrote y cae de rodillas.*)
¡Cortad, señor, estas manos pecadoras que han escarnecido lo que más veneran!

BEATRIZ - Levantaos, amigo, que mi esposo ya lo sabe todo y no ha de negaros su perdón.

ANICHINO - ¡De rodillas lo he de ganar, besando la tierra donde él pise!

EGANO - Así no; en mis brazos, hermano. (*Se abrazan.*) Lástima que un alma tan noble tenga unas manos tan duras

ANICHINO - Permitidme que os explique esta confusión.

EGANO - No hace falta, que va BEATRIZ me lo había contado todo, y creyéndose traidor, ella misma imaginó esta industria para sorprenderte *in fraganti*.

BEATRIZ - Perdonadme si os ofendí con mis sospechas.

ANICHINO - Yo soy el único culpable de este funesto enredo.

EGANO - Los tres lo fuimos un momento; tú por dudar de BEATRIZ y nosotros por dudar de ti. Afortunadamente todo está aclarado, y si hasta hoy has sido mi servidor, desde ahora serás mi compañero en todo.

ANICHINO - Gracias, señor. ¡Bendito el cielo que así transforma una infausta noche en la más hermosa de mi vida.

EGANO - Bendito mil veces, digo yo. ¿Qué importan mi caballo ciego y mis costillas santiguadas, si ahora puedo jurar con las manos en el fuego que mi amigo es el más fiel de los amigos y mi esposa la más fiel de las esposas?

BEATRIZ - Alegrémonos todos. Toma mi brazo, querido. Tomad vos el otro. ¡Es la primera vez que el amor hace felices a tres al mismo tiempo!

(Entran alegremente en la casa.)

TELÓN

MIGUEL DE CERVANTES, “El curioso impertinente”

Don Quijote de la Mancha. Cap. XXXIII, primera parte

Fuese otro día Anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella, que tuviese cuidado de tratarle como a su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez y vería por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haría, aunque contra su voluntad.

Partióse Anselmo, y otro día vino a su casa Lotario, donde fue rescebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento, la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, a quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba a comer con mucha priesa, porque así se lo tenía mandado Camila, y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento y había menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplía todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario.

Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes a enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne⁹⁰.

Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos que a Anselmo tenía, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad y irse donde jamás Anselmo le viese a él ni él viese a Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba a mirar a Camila; culpábase a solas de su desatino; llamábase mal amigo, y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar a otra cosa que aquella a que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en más a Camila. La cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía qué hacerse, y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un billete a Anselmo, donde le escribió estas razones:

JUAN BENET, “Fábula segunda. Pertinax”
Trece fábulas y media. Madrid, Alfaguara, 1981, pp. 25-27

Al despedirse le advirtió, con un tono de cierta severidad:

-En ausencia mía no deberás visitar a Pertinax. Cuídate mucho de hacerlo, pues de otra suerte puedes provocar un serio disgusto entre nosotros.

La mujer permaneció en su casa obediente de las instrucciones de su marido, quien a su vuelta le interrogó acerca de las personas que había visto en su ausencia.

-He visto a Pertinax -repuso ella.

-¿No te advertí que no fueras a visitarle? -preguntó él con enojo.

-No fui yo a visitarle. Fue él quien vino aquí en ausencia tuya.

Fue el marido en busca de Pertinax y le preguntó:

-¿Qué derecho te asiste para visitar a mi mujer en mi ausencia?

-No fui a visitar a tu mujer -contestó Pertinax, sin perder la calma-, sino a ti, pues ignoraba que te hallaras ausente de tu casa. En lo sucesivo deberás advertírmelo si no deseas que se produzca de nuevo esa circunstancia que tanto te mortifica.

No satisfecho con tal explicación, el marido ingenió una estratagema para averiguar las intenciones de Pertinax y descubrir la índole de las relaciones que mantenía con su mujer. Despachó a ésta de la casa con un pretexto cualquiera, y disfrazándose con sus ropas, envió un criado a Pertinax para comunicarle que

hallándose en su casa esperaba ser honrado con su visita.

Pero la mujer, recelosa de la conducta de un marido que se comportaba de manera tan desconsiderada y averiguando en parte sus intenciones, decidió -disfrazada de Pertinax- volver a su casa para representar el papel que deseaba que presenciase su marido.

Por su parte Pertinax, al advertir que la mujer se hallaba sola en la casa, contrariamente a las noticias que había recibido, se disfrazó de su marido, sin otra intención que la de descubrir la intimidad de las relaciones que les unía.

Así pues, cuando el falso Pertinax -que no era otra que la mujer- se rindió a la casa para cursar la visita a la que había sido invitado, se encontró con que el matrimonio le estaba esperando, a diferencia de lo que había presumido.

La circunstancia en que se vieron envueltos los tres era análoga para cada uno de ellos, pues los tres sabían, cada cual por su lado, que uno al menos de los otros dos se hallaba disfrazado, sin poder asegurar cuál de ellos era, ni siquiera si lo estaban los dos. En efecto, cualquiera de ellos podía razonar así: si sólo hay uno disfrazado debe haberse disfrazado de mí, puesto que yo lo estoy de él, y, por tanto, el auténtico sólo puede ser aquél de quien yo estoy disfrazado. Ahora bien, como no está disfrazado, no tiene por qué saber que lo estamos nosotros y, por consiguiente, al no tener ninguna razón para suponer una mixtificación no lo romperá. Y sí, por el contrario, lo están los dos, el que está disfrazado de mí es aquel de quien yo no estoy disfrazado, del cual ignora si está disfrazado o no. Así pues, no es posible saber quién está disfrazado de quién, a menos que uno -atreviéndose a revelar las intenciones que le llevaron a adoptar tal disfraz- se apresure a descubrir su identidad ante los demás, cosa en verdad poco probable.

En consecuencia -debieron pensar, cada cual por su lado-, si queremos preservar nuestros más íntimos pensamientos e intenciones, hemos de seguir disfrazados para siempre, lo cual, si cada uno ha elegido con tino su disfraz, no cambiará nada las cosas.